

La audacia de Masséna le espantó; huyó, y la Helvecia fué evacuada; la Francia tocó el término de sus reveses, y en todos los puntos tomaron sus tropas la ofensiva. El príncipe Carlos después de haber resistido algun tiempo á los esfuerzos de los ejércitos del Reno y del Danubio, cuando se reunieron, tuvo que sufrir la suerte de Suwarow y del duque de York. Championnet, vuelto al ejército de Italia, hizo prodigios, y dos meses antes el jóven y bravo Joubert habia muerto víctima de su valor, al tomar el mando de este ejército. Le vengó y asoció su nombre al del héroe arrebatado en la flor de su edad. En la misma época Hédouville concluía la pacificación de la Vandía, tan gloriosamente empezada por Hoche. Las turbulencias del interior ha-

bían cesado, y prosperaba mas que nunca la república.

§ IV. Bonaparte deja el Egipto. — Intrigas. —
Conjuracion de Sieyes.

Todas las llagas de la Francia se cerraban sucesivamente, y la esperanza renacia en todos los corazones, cuando se supo de repente que el general Bonaparte acababa de desembarcar en Frejus. Esta noticia despertó todas las inquietudes y todas las intenciones facciosas, y se esperaron nuevos catástrofes. En el fondo del Egipto supo Bonaparte nuestros reveses, y sus hermanos le habian hecho conocer el estado del espíritu y el entusiasmo que inspiraban sus victorias; tenia grandes designios, y creyó el momento propicio. Era, como se le habian dicho, esperado como

Año VIII.

16 del
Vendimia-
rio (9 de
Octubre
de 1799).

6 del
Fructidor.
año VII.

un libertador , el solo capaz de salvar la Francia de la anarquía interior y de la invasion extranjera. Seducido con la perspectiva de tan grande resultado , dejó secretamente su ejército , sin dar parte de su marcha precipitada ni aun al general Kleber , que dejaba por su sucesor. Bonaparte tenia una ventaja doble en esta desercion ; la de volver al teatro en donde queria verificar sus designios , y la de separarse de una expedicion hasta entónces gloriosa , y en el momento expuesta á reveses muy considerables. Sus soldados estaban desnudos , sus recursos estaban agotados , y mientras que no podia llegarle socorro alguno , fuerzas triples avanzaban contra las suyas , con la facilidad de renovarse sin cesar. No le quedaba otro recurso que perecer en un remo-

to clima , ó concluir por un tratado vergonzoso una empresa empezada con tan grandes esperanzas ; y quiso huir de todos estos peligros. La desercion de Bonaparte era culpable ; pero no fué por falta de valor. Huyendo , buscaba peligros mayores que los que intentaba evitar , aunque olvidando el sentimiento generoso con que el general de una expedicion peligrosa debe morir al lado de los que ha llevado tras sí. Bonaparte no comprehendió esta obligacion caballeresca , y prefirió conservar su nombre con una accion que no parecia generosa , á perderle efectivamente por una constancia heroica. Volvió á Francia , y violando las leyes de su patria , del mismo modo que habia ultrajado las del honor guerrero abandonando sus hermanos de armas , infrin-

gió los reglamentos sanitarios, no queriendo someterse á hacer la cuarentena prescripta. ¿Cual era el objeto de su vuelta? se ignoraba; pero el horizonte político se obscurecia al acercarse, y las borrascas se adelantaban con él.

Bonaparte no dejó de tener en los primeros momentos algunos cuidados, pero la acogida que se le hizo le calmó. Por todas partes los gritos de *viva la república! viva Bonaparte!* le acompañaron. Era aun el héroe de Italia el que se aplaudia, y el prestigio de su expedicion arriesgada le engrandecia mas.

24 del
Vendimia-
rio.

El directorio le dió la en hora buena por sus victorias, y le ofreció la eleccion de un ejército. Bonaparte nada aceptó, pero empezó á examinar la

opinion, y sondeó los diversos partidos que se dividian el gobierno de la Francia. Por una parte los republicanos zelosos se apoyaban en el general Bernadotte y los directores Moulins y Gohier. Barras estaba casi unido á ellos de intencion, aunque en su debilidad hubiese tratado de buena voluntad con los restos de los anarquistas que habia en otras ocasiones humillado. Por otra los moderados, á los que se habian unido los aristocratas, se apoyaban en Sieyes. Este abate estaba á la cabeza de una faccion peligrosa, y declamaba sin cesar contra los terrosistas, fingiendo no ver peligro alguno sino en su resurreccion, y confesando abiertamente que la constitucion no tenia fuerza alguna para hacerles resistencia. Roger-Ducos, su

colega, arrastrado por él, estaba pronto á ejecutar todas sus voluntades. Los militares formaban un tercer partido: se atribuían toda la gloria de la revolución, y empezaban á contemplarla menos en los principios que en sus victorias. Querían en fin gozar del fruto de sus trabajos, y asegurarse un influjo en el gobierno elevando uno de los suyos á la primera magistratura. Amaban aun la república, pero mas bien por hábito y como ligada á sus sucesos, que por zelo verdadero en favor de la libertad y la igualdad.

8 del
Brumario.

Todos estos partidos estaban en movimiento. Bonaparte recibió de unos y otros señales de igual confianza é intereses, y oyó los proyectos de todos, sin empeñarse con ninguno. Sin embargo parece que en el principio trató de

unirse á los republicanos: tenia una especie de antipatía con Sieyes, y ofrecia á Moulin y Gohier excluirle del directorio; pero al mismo tiempo queria sucederle. La constitucion fijaba cuarenta años para poder ser admitido al ejercicio de esta alta magistratura, y los republicanos se negaron á violar en favor de Bonaparte este artículo del pacto fundamental. Desde entonces se decidió á derribar un orden social que no le dejaba la posibilidad de subir inmediatamente al supremo poder. Hizo proposiciones á Barras, pero vió que tenia que combatir la ambicion de este gefe de partido. Barras consentia con gusto en apuntalarse con Bonaparte, pero reclamaba para sí mismo la primera dignidad. Despues de haber bien medido y pesado todo, com-

prehendió Bonaparte que un metafísico apóstata era un concurrente menos temible que un general apoyado, de los jacobinos por un lado, y por el otro de una parte del pueblo de París que había hecho vencer en muchas batallas. Se unió definitivamente á Sieyes, y esta alianza se ajustó después de haber comido un día en casa de Barras, en donde sondeó las disposiciones de los diversos partidos que reclamaban su brazo.

La mayor parte de los agentes del poder ejecutivo habían sido elevados por Barras, que había tenido mucho tiempo el mayor influjo sobre el directorio. Eran todos hombres de la revolución, pero, como su jefe, estaban tan dedicados á los placeres, que con su participacion en nuestras turbacio-

nes políticas no habían buscado sino el medio de hacer fortuna; Fouché y Réal eran los principales de estos seres peligrosos por sus antiguas relaciones de amistad y por su inmoralidad. Habían creado de nuevo, en provecho del presente sistema, la policía del antiguo despotismo, y era en la escoria revolucionaria donde habían agotado los elementos. Desde que la union de Sieyes y Bonaparte mudó el lugar de la fuerza, todos estos representantes sino de la atrocidad, á lo menos de la corrupcion del terror, abandonaron su primer jefe, y viniéron á ofrecerse á Bonaparte. La inmensa mayoría de los militares no podía faltar á declararse por el vencedor de Italia contra el abogado Gohier y el obscurísimo Moulius. Dos directores, Sieyes

y Roger-Ducos, daban á Bonaparte la mitad de la autoridad ejecutiva legal, y su corte se aumentaba con todos los realistas, republicanos dudosos, y los débiles de todos los partidos. Ya no faltaba sino neutralizar el influjo de los constitucionales del cuerpo legislativo. Todas las intrigas se pusieron en movimiento; todos los que tenían dinero se pusieron en campaña, y una gran parte del consejo de los antiguos no se manifestó muy opuesto á una mudanza de gobierno. Muchos de sus miembros entraron en la conjuración, y otros que no estuvieron en la confianza, parecieron dispuestos á favorecerla, sea porque temian los terroristas que Sieyes fingia querer combatir, ó sea porque eran entusiastas de Bonaparte. Algunos realistas, tristes

despojos del partido clichienso, creian ver en Sieyes y en Bonaparte unos Monck nuevos, prontos á restablecer el trono del pretendiente. Se dijo que el primero queria restablecer el trono, y aun lo piensan asi algunos hombres de estado. Su constitucion no era, segun se habló entónces, sino una ley pasagera para llegar mas fácilmente á la monarquía constitucional, objeto de sus especulaciones en todos tiempos, y esta persuasion le daba la confianza de los realistas. La parte que el general de Italia habia tomado en el 18 del fructidor, inspiraba confianza á los republicanos. Todas las facciones vencidas, y todos los descontentos se preparaban á sostener el movimiento cualquiera que fuese, porque se le esperaba, y segun la expresion de una

muger célebre, se conspiraba, como se conspira siempre en Francia, sobre la plaza pública.

Sin embargo, el consejo de los quinientos cuya mayoría era sinceramente adicta á la constitucion del año III, hacia temer obstáculos en la mudanza que se meditaba: afortunadamente para los conjurados, Luciano Bonaparte, conocido por sus principios democráticos, acababa de ser nombrado presidente, y su republicanismo vacilaba al frente de la futura elevacion de su familia. No tardaron en poder contar tambien con el partido sedicioso que, el 18 fructidor, se habia apoderado de la representacion nacional, y, el 30 del prerial, habia mutilado el directorio. Boullay (de la Meurthe) fué el orador que escogieron para atraerse el con-

sejo. Este hombre estaba pronto á unirse á todas las tiranías, con tal que no tuviesen la librea del antiguo régimen.

Las comisiones de los inspectores de los consejos, en cuyas manos estaba toda la policia, y se concentraba casi todo el influjo del cuerpo legislativo, estaban enteramente compuestas de hombres corrompidos que querian volver al despotismo por asegurar, con una mano poderosa, la posesion de los bienes que habian conquistado, y el olvido de sus crímenes democráticos. En su seno se formó la conspiracion. Sieyes les presentó á Bonaparte, y se urdió en silencio la trama que tenia por objeto la elevacion de este último: el general arengó á sus camaradas; se aseguró de Moreau, de Lefebvre, de sus anti-

guos émulos, y sus antiguos tenientes. Sieyes preparó los argumentos insidiosos de los Boullay, Cornet y Cornudet; y todos, á excepcion del honrado Gohier, y algunos representantes del consejo de los quinientos, estaban instruidos de lo que pasaba, y generalmente se esperaba con bastante indiferencia un desenlace que era fácil prever. En menos de un mes, se plantaron todas las baterías, y habiéndose resuelto dar el golpe, llegó la última hora de la libertad en Francia.

§ V. 18 del Brumario.

El 18 del brumario, hicieron los conjurados en el consejo de los antiguos primera tentativa de la ejecucion de sus proyectos. La comision de los inspectores del salon, habiendo convocato en

en la noche los miembros del consejo sobre quienes podia contar, hizo dar por una memoria ilegal un decreto que trasladaba á San Cloud las sesiones del cuerpo legislativo; y segun la constitucion el derecho de mudar el lugar de las sesiones no podia pertenecer sino á esta asamblea á quien se le habia reservado exclusivamente, á fin de que, en caso de necesidad, pudiese ponerse al abrigo de todo influjo funesto. Los agentes de Sieyes que redactaron el decreto de traslacion no tuvieron siquiera el pudor de fundarlo en hechos, y hablaron solamente de peligros en algunas frases indeterminadas, en las que se podia ver ya el placer del guerrero que estaba convidado á hacer el principal papel en los acontecimientos que se preparaban.